

de los maestros, para guiarlos en la interpretación de la belleza lírica, para leerles el verso que tradujo el lingüista, o para familiarizarles con los productos de la estatuaria y de la pintura! Y siendo tan pasmosas como decís las oportunidades de reproducción gráfica, estoy por creer que el pescador en las lejanas rocas, el labrador en su cabaña, el soldado en su campamento, leen los libros que la Universidad les envía, y hasta acaso recrean sus ojos en la contemplación de la obra de arte...

Como lo adivina el lector indulgente, la fantasía que precede sólo tiene el propósito de ofrecer en una síntesis la evolución de la actitud científica, y el cambio consiguiente de métodos que un espíritu lógico tiene el derecho de reclamar de la Universidad, ya que ésta es centro y sede de esa ciencia que el siglo XX considera ante todo como un instrumento de felicidad social.

La Universidad anglosajona se afilia al pie de la letra al programa esbozado por nuestro magnífico doctor, y para cumplirlo echa mano de otro resorte de factura modernísima, cual es la cooperación entre las diferentes instituciones sociales. Así, la escuela pública, el museo de artes y el de ciencias, la iglesia, la biblioteca, el centro recreativo, el club, hasta el asilo y la fábrica, son agencias puestas al servicio de la Universidad, para que ésta lleve a cabo su función novísima.

* * *

¿No es cierto que faltaba en la sociedad moderna un Vaticano de la ciencia, al que correspondiese el ministerio de la verdad revelada por la investigación y el experimento? ¿Una Sede que no hiciera suyo el rigor dogmático, la vana especulación y las vanidades anexas a las altas dignidades; que no creyese cumplida su misión al consagrar en ceremonias anuales los prelados de las profesiones, sino que ejercitase a sus misioneros y sacerdotes en la

práctica del altruismo, para llevar a las más apartadas feligresías el mensaje de una nueva fe, una esperanza positiva y una caridad dignificante?

* * *

La Universidad y la Nación

Uno de los rasgos que más me impresionaron al llegar a los Estados Unidos fue la admirable unidad de ideales y de tendencias que se descubre entre los hombres, así provengan de los rincones más apartados. En el tren, en la mesa común de la casa de huéspedes, en los pasillos del teatro, en la reunión ocasional de los sitios públicos, en todas partes, se descubre un aire de parentesco, que llega a pronunciarse tanto en el espíritu del que observa, que desde luego éste se ve en posesión de un santo y seña para facilitar su acercamiento con las gentes. Y esa unidad de espíritu que se exterioriza allí a despecho de la heterogeneidad étnica traída por la inmigración es lo que hace que cuando la opinión pública no acompaña una tendencia o una idea, puede decirse de éstas que son "anti-americanas."

Por nuestra parte, nosotros no nos hemos pronunciado todavía sobre lo que es "argentino", "oriental" o "brasileño." Falta a cada uno de nuestros pueblos un sello característico y común. Formamos conglomerados sin fisonomía determinada. Así que dos personas se ponen en contacto, revélanse diferencias profundas en la interpretación de los hechos fundamentales de la vida. Los entusiasmos individuales no encuentran amplio campo, los próselitos no salen al paso de los hombres de acción, porque las voces con que los incitan no son el resultado de una larga gestación común de aspiraciones. No puede suceder de otro modo, porque si examinamos de cerca, ¿qué institución existe entre nosotros que eduque nuestro juicio y encamine nuestra ac-